



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO



Año II



20 de julio de 1889



Núm. 90



A LA HORA DE ACOSTARSE



UN RATO DE CHARLA

CLARO está: ¿cómo había de fijarse nadie? En medio de aquellos discursos mississippianos, de aquel vocerío, de aquellas manotadas y de aquel importantísimo asunto de *quitarte tú para ponerme yo*, la proposición del marqués de Vadillo no pudo llamar en lo más mínimo la atención de los diputados á Cortes. *De minimis non curat prætor*, dirían los tales; aunque, pensándolo mejor, sólo serían algunos, ya que la mayoría de ellos no entienden de latines.

La proposición del marqués de Vadillo, sin embargo, era de trascendental importancia: trataba de la persecución de los libros indecentes, con los cuales se está haciendo, según dicen, un comercio asqueroso.

¡Ah! ¡Cómo les sentaría yo la mano á esos puercos que garrapatean, editan y venden tomo, indecentes, si fuese (que no lo soy ni seré nunca) simple gobernador civil de una provincia! ¡Cómo haría lo posible para suplir con mis facultades la deficiencia que á mi juicio existe en el Código Penal respecto al castigo de esos vergonzosos delitos! Ya tendrían que entender conmigo todos los industriales, ó, por mejor decir, caballeros de industria, que explotan ese ramo. ¡Cómo sabría yo hacerme desacatar! ¡Qué de triquiñuelas les armaría!

El daño que causan tales inmundicias es incalculable, con la circunstancia de perpetrarse el delito con la más repugnante alevosía y traición. Tanta traición, tanta alevosía y tanto daño, que cuando reflexiono en ello no puedo indignarme al pensar si por acaso la Inquisición les enviaría al quemadero á tales delincuentes.

¡Ya les daría yo á esos mercaderes sin conciencia ni honra que les sacan los perros chicos así á los muchachones encanallados como á los pobres chiquillos inocentes, seducidos por el cromo mamarrachesco que suele adornar tales porquerías!

Pero ello es que al presente gozan los fautores de esos delitos de la más deliciosa impunidad. Ya se guardarían bien en Londres, en Berlín,



El
ratón que fué
á la
escuela

de poner en los escaparates los *productos* que vemos aquí. En París mismo, donde se supone que está el foco de la corrupción, se guardan bien de hacerlo. En todas partes se persiguen esos delitos con rigor, contrastando con la indiferencia con que se deja aquí que todo bicho viviente haga lo que le dé la gana, excepto no pagar los impuestos de que se nutren las sanguijuelas presupuestivas.

Se han formado en España asociaciones de protección á la infancia, sociedades para contener el vicio de la blasfemia. Cárceles y presidios están llenos de honrados escritores que no han cometido otro delito que

el de dejarse llevar de la vehemencia de sus opiniones políticas. El otro día, por robo de *nueve reales*, les echaron tres años de presidio á tres pobres diablos. ¿Por qué no se forman asociaciones para la persecución de libros cochinos? ¿Por qué no se ejercita la acción popular ó no se denuncia á sus expendedores? ¿Por qué no se les manda á presidio ó se les arruina á multas á los empresarios de los delitos de que hablo?

Ya que en España seamos un país tan atrasado, tan ignorante, tan pobre, tan falto de iniciativa; ya que vayamos á la zaga del mismo Portugal en punto á ilustración y progreso; seamos por lo menos un país digno, y no podremos serlo si dejamos que cuatro pilletes exploten á la adolescencia y la juventud con esas asquerosidades impresas, fotografiadas y litografiadas, dando por resultado el espectáculo que más revuelve el estómago y más, como dice la enérgica frase catalana, *fa caure las alas del cor* («hace caer las alas del corazón»): la de un niño precozmente corrompido.

Preservemos á los niños, preservémosles, por Dios y María Santísima, lo mismo de la miseria, de los malos tratos, del trabajo excesivo y de las enfermedades que del vicio. Pobres y ricos necesitan los cuidados de los mayores. Ya que la generación actual ha salido tan maleada procuremos que la que ahora se está desarrollando se distinga cuando menos por su virilidad y energía, cosa imposible de lograr si no se persigue con mano dura el tráfico inmoral denunciado por el dignísimo señor marqués de Vadillo.

Siempre vuestro,

ANTOÑITO





EL PARARRAYOS

PUES que nos hallamos en pleno verano, época de tronadas y exhalaciones, creo que no estará falto de oportunidad que dediquemos algunos párrafos á los pararrayos y á su ilustre inventor, que fué, como ya debéis saber, Benjamín Franklin, nacido en Boston de los Estados Unidos en 1706, é hijo de un modesto fabricante de jabón.

Adolescente fué mandado por su padre á Londres, en cuya capital entró de cajista en una imprenta, pudiendo, en 1726, gracias á los ahorros que había logrado reunir, fundar una imprenta en Filadelfia, con la cual se creó una posición independiente y pudo dedicar sus ocios á los estudios de las artes mecánicas, para las cuales sentía decidida vocación.

Fundó una biblioteca y una sociedad literaria; publicó periódicos y almanaques para instruir al pueblo, figurando al mismo tiempo en la administración pública; fué primer secretario (1736), después individuo de la Asamblea de Pensilvania (1747), consiguiendo que se adoptaran importantes medidas, tales como la organización de la milicia nacional, la fundación de los colegios, la de los hospitales y de otras fundaciones no menos beneficiosas y benéficas. Entregábase al mismo tiempo al estudio de las ciencias: hacía preciosos descubrimientos sobre la electricidad, fruto de los cuales fué el invento de los pararrayos. Por sus altas virtudes y extraordinarios merecimientos fué proclamado presidente de la Pensilvania. En 1788 se retiró de los negocios públicos, muriendo dos años después en Filadelfia á la edad de ochenta y cinco años.

Al tenerse conocimiento de su muerte, la Asamblea francesa, á propuesta de Mirabeau, acordó tres días de luto, y dos meses el Congreso de Pensilvania.

Al pie de su retrato, en una medalla que se acuñó siendo embajador de los Estados Unidos cerca del rey de Francia, se puso la siguiente inscripción: *Eripuit cælo fulmen sceptrumque tyrannis* (Arrebató al cielo el rayo y el cetro á los tiranos), mencionando de esta suerte sus vastos conocimientos físicos y adelantos en la electricidad, fruto de los cuales fué el inventor, en 1757, del pararrayos; al propio tiempo que sus esfuerzos para contribuir á la libertad é independencia de su patria.

A un kilómetro escaso de la casa de Franklin se ve una modesta sepul-

tura cubierta de musgo, en la cual se lee un poético epitafio compuesto por el mismo filósofo muchos años antes de su muerte.

Después que Franklin hubo inventado los conductores metálicos, llamados *pararrayos*, para poner los edificios al abrigo de las descargas eléctricas, se hicieron muchos ensayos para perfeccionarlos, algunos de los cuales fueron de funestos resultados, particularmente el inventado por un profesor de San Petersburgo, llamado Richmand, de cuyo ensayo tuvo que desistirse verificados apenas los primeros experimentos. Poco antes había manifestado el físico inglés Gray, y también el mismo Franklin, la identidad del fuego del cielo con el relámpago.

Acerca de la analogía entre ambas cosas, podemos recordar una antigua anécdota que se lee en los *Comentarios de César*.

En tiempos de la guerra de Africa, dice que sobrevino durante la noche una tempestad tan horrorosa que puso á las legiones romanas en gran consternación y que las puntas de las lanzas de la quinta legión brillaron con una luz espantosa.

En el castillo de Duino, en el Friul, á orillas del Adriático, había, desde tiempo inmemorial, sobre una de las almenas de la plaza, una pica colocada verticalmente con la punta hacia arriba. Cuando la atmósfera amenazaba tempestad, el centinela que cubría este puesto presentaba al hierro de esta pica la punta de una lanza ó alabarda que se dejaba siempre allí para esta prueba; y si el hierro de la pica chispeaba al acercarle la lanza, ó si echaba por su punta una pequeña reunión de rayos luminosos, tocaba el vigía una campana que tenía cerca, á fin de advertir á la gente del campo y á los pescadores que se refugiasen en lugar seguro, porque amenazaba una próxima tempestad.

Los antiguos mitólogos armaron la diestra de Júpiter tonante con el rayo porque creyeron que entrecaña siempre del planeta que lleva igual nombre, según dice Plinio. Asimismo tributaban una especie de culto á los rayos y á los relámpagos, y para conjurarlos y librarse de sus estragos hacían con la boca una especie de ruido que llamaban *poppyuna*. Los romanos honraban con este nombre una divinidad campestre para que preservase de ellos los frutos de la tierra.

Como la *K* es la inicial de *Keraunos*, nombre griego del rayo, las solían poner en los vestidos de los que habían sido heridos por él, para apartar de ellos á los hombres, ya que se consideraba el suceso como un castigo del cielo. Otras veces la *K* era sustituida por la *th* inicial de la voz griega *thenatos* (muerte). Afortunadamente la civilización y el adelantamiento de las ciencias han acabado con estas deplorables preocupaciones, hijas, las más de las veces, de apasionadas intransigencias. Franklin resolvió el poderoso y atrevidísimo problema: el pararrayos es su creación inmortal.

TRINIDAD DE LA ROSA



CRISTOFORO

(Conclusión)

III

CRISTOFORO se construyó por sus manos una cabaña á orillas del torrente, y se consagró á llevar y traer sobre sus hombros á los pobres pasajeros al través de la impetuosa corriente.

Y era de verlo en su obra de caridad, verdaderamente heroica, siempre con sobradas fuerzas para llevar á cuestas la cruz de Jesucristo. Pasar á la opuesta orilla á un hombre ó á una mujer no era, para el gigante, obra de mayor esfuerzo que la de una madre llevando en brazos á sus pequeñuelos.

Pero cuando el torrente lo permitía, ofreciéndose menos indómito, entonces pasaba el gigante á toda una familia de una vez: al padre sentado en un hombro, á la madre en otro, y á dos ó tres pequeñuelos cabalgando en el brazo izquierdo doblado sobre su seno, dejando siempre libre el derecho para manejar el tronco que le servía de báculo.

Y nunca aceptaba de los pobres compensación ninguna, ni un óbolo, ni un mendrugo de pan, ni un trago de vino, para que á los ojos de su Señor no desmereciera su obra de caridad.

Pero la fama del piadoso gigante se extendió por el país, como el olor del lirio por el valle y del tomillo por el monte, y la gente acomodada se cuidaba de que no le faltara nunca su triple ración de carne, pan y vino. Esta era ya la obra de la Providencia.

Pero hé aquí que una noche tormentosa se acostó el gigante en su rústica cabaña, fatigado de su trabajo del día, y no bien cerró los ojos cuando oyó la dulce voz de un niño que lo llamaba.

Súbito se levantó, dejando poco después el sueño y el reposo, y acudió á la voz del niño, que era precioso y bello como una estrella.

—¿Adónde vas, pobre niño, solo y tan pequeño, en noche tan cerrada, oscura y tempestuosa?

—Voy en pos de mis hermanos y de pasar el torrente, contando con tu ayuda de caridad.

—Pero ¿y tu padre?

El hermoso niño levantó el índice hacia el cielo.



Los
gorriones jóvenes

—¿Y tu madre?

El niño indicó otra vez el cielo.

—¡Pobre huerfanillo!—exclamó con lástima el gigante.—Pero más valiera, —añadió con cierto enfado de adorable ingenuidad,—más valiera que tus pícaros hermanos te buscaran á ti, tan pequeñito, en vez de buscarlos tú á ellos. Quédate, hijo mío, quédate en mi cabaña hasta que Dios amanezca; que, aunque albergue de un pobre, no te faltará en él calor, ni pan y vi-



Los gorrlones jóvenes

no para pasar la noche.

El niño movió la cabeza negativamente.

—A tu gusto, hijo mío.

Y tomándolo como una paja en sus robustas manos, le dió un ósculo en la frente y lo acomodó bien asen-

tado en su hombro izquierdo, entrando luego en el lecho del torrente, que á cada instante se hacía más raudo y peligroso.

—De pronto se hizo el niño tan pesado que el poderoso gigante hubo de flaquear y sólo podía sostenerse apoyado en el árbol desmochado que le servía de báculo.

Entonces volvió la cara al niño el fatigado gigante, y le dijo con asombro:



La vida de los insectos

—Pequeñuelo: ¿cómo es que ahora pesas tanto?

—Porque llevo todo el peso de mi cruz.

—¿Quién eres, pues?

—El Unigénito del Padre Celestial: uno con él y con el Espíritu Santo: soy Cristo.

—¡Señor! ¡Señor mío!—exclamó el gigante con fe tan grande como su caridad.

—Ve cómo has encontrado al Señor que buscabas por tan áspero camino en que te esperaba yo con los brazos abiertos. Y pues por este camino me has llevado á cuestras con todo el peso de mi cruz, de hoy más te llamarás Cristóforo, hasta la hora del galardón, que será grande y glorioso.

Y el niño Jesús desapareció, difundiendo suave olor de santidad alrededor del gigante.

Y, desde entonces, Otero se llama *Cristóforo* (Cristóbal) porque había llevado á Cristo.

Y el báculo en que se apoyaba, árbol ya seco, floreció en sus manos en señal de santidad, hasta la hora del galardón prometido, que fue grande y glorioso.

C. N.



La vida de los insectos

LA HIJA DEL NATURALISTA

(HISTORIA FAMILIAR)

HABÍA quedado viudo un pobre herbolario con una hija única que apenas contaba tres años, es decir, la edad en que para una niña son más necesarios los cuidados de una madre.

Era en un pueblo de la provincia de Sevilla, donde entre el Sol y el Guadalquivir fecundan una de las campiñas más hermosas del mundo.

A pesar de su laboriosidad, habían puesto al herbolario á las puertas de la miseria repetidas desgracias de familia y quebrantos de intereses. Pero en el pueblo se le quería y consideraba tanto que, aunque á hombres de su posición y de su pelaje se les solía llamar con un indiferente ó desdeñoso «tío fulano,» á nuestro hombre todos le nombraban respetuosamente «el Sr. Antonio.»

Y tal respeto y consideración por parte del vulgo no se fundaban solamente en la honradez y en la afabilidad del herbolario, ni en que á pesar de su pobreza repartiese con otros más necesitados lo poco que ganaba, no: consistían principalmente en el concepto que se habían formado de su saber.

El Sr. Antonio no era un herbolario cualquiera, de esos que se limitan á conocer someramente las plantas y drogas que venden en su tienda: era todo un hombre de ciencia, un verdadero naturalista, que por nada del mundo se hubiera desprendido de sus libros y de sus colecciones de insectos y de plantas.

*
**

Cuando salía á herborizar por las inmediaciones del pueblo, muchas veces llevaba consigo á su hija.

Consuelo, que así se nombraba la huérfana, iba saltando de gozo por aquella campiña esmaltada de flores, por aquellas colinas á que daban perpetuo verdor los olivos, los naranjos y limoneros.

Diríase que el ambiente, cargado de aromas, el canto de los pájaros, el chirrido de los insectos, y los torrentes de luz que lo inundaban todo, cubriendo de láminas de oro las copas de los árboles, causaban á la niña la embriaguez de la dicha.

No corría: más bien pudiera decirse que volaba, tendiendo por aquella campiña sus invisibles alas de ángel.

Esta ilusión producía con su vestidito blanco de los días de fiesta, con los rizos de su blanda cabellera sueltos al viento, y con la alegría purísima que brillaba en sus ojos, encendiendo sus rosadas mejillas.

Así fué desarrollándose Consuelo en aquel escenario esplendente de la naturaleza; y como las dotes de su alma armonizaban con la lozanía de su cuerpo, antes de salir de la infancia ya ayudaba á su padre eficazmente en parte de su trabajo, porque sabía encontrar como él muchas de las plantas que vendía, supliendo con su mirada vivaz y penetrante lo que á veces no alcanzaba la cansada vista del señor Antonio.



Si yo fuera...

*
**

Su parienta, la Sacristana, madrina de la niña, excelente mujer, sin otro defecto que ser algo descontentadiza y regañona, de modo que solía atreverse á cuestionar hasta con el vicario de la parroquia sobre incumbencias de su marido, era la que se había encargado de enseñarle los quehaceres y obligaciones de una mujer de gobierno, si no con la asiduidad de una madre, al menos con un celo y cariño que tenían mucho de maternos.

—Mira, Antonio,—dijo un día la Sacristana, que le trataba con la familiaridad del parentesco;—me parece que la niña va sabiendo demasiado de eso...

Y, hablando así, señalaba la rimera de plantas y los atadillos de hierbas.

—Blasa, nunca se sabe demasiado de lo que nos conviene. Ya ves si me ayuda la pobrecita...—contestó el naturalista.

—Sí, pero hay cosas que convienen mucho más que otras. Cuando tú te mueras, ella tendrá que vender la tienda y todos esos librotes que ahí tienes, si encuentra quien dé algo por ellos... porque la niña no ha de ser herbolaria...

Suspiró el señor Antonio, abrumado por el triste pensamiento que le sugería la Sacristana, y, viendo ésta que permanecía silencioso, prorrumpió impaciente:

—¿Qué me dices?

—Que sin duda hoy has reñido con el señor vicario, porque vienes de muy mal humor.

—Pues no, por cierto: no hemos tenido más que cuatro palabras sobre las vinagreras, con otras cuatro y algunas más por causa de la casulla del santo que trajo el escultor.

—¿Qué reparo le ponía el señor vicario?

—Decía que no estaba bien planchada. ¡Mira tú! ¡Querer darme á mí lecciones de plancha el señor vicario!

*
*
*

En esto se presentó la niña, que venía de la cocina con un plato en la mano.

—¡Ahí tienes!...—exclamó la Sacristana cogiéndole el plato con violencia.—Por más que me empeño, todavía no he conseguido que aprenda á poner en su punto el arroz con leche.

—Blasa: yo no sé si el arroz está ó no está en el punto que quieres. Lo que sé que lo encuentro bueno, muy bueno.

Y así diciendo, cucharada tras cucharada, se relamía de gusto el naturalista, alternando esta ocupación con la de acariciar á su hija para resarcirla del sofoco que acababa de darle su madrina. Esta continuó murmurando:

—Sí... á ti todo te parece bueno cuando sale de manos de tu Consuelito; pero te digo que ese arroz no podría presentarse ni á la mesa de un cura de misa y olla, cuanto más á la de un canónigo. ¡Y yo que me de desvivo por ella, y que quisiera prepararla para ama de gobierno de una buena sotana, porque no teniendo un cuarto no se casaría sino con un pobretón como ella!

—¡Bah, bah! No te preocupes por eso, Blasa,—replicó el señor Antonio placenteramente.—Y, volviendo al punto del arroz, me parece que eres demasiado exigente con la niña, como el vicario lo estuvo contigo al poner *peros* al planchado de la casulla.

La Sacristana calló, mordiéndose los labios. La objeción de su pariente no tenía réplica.

Como epílogo de esta historia familiar y verdadera, diremos que la hija del naturalista no paró en ama de gobierno, como quería la Sacristana, sino que es mujer de su propia casa, haciendo dichoso á un distinguido catedrático.

LUCIANO GARCÍA DEL REAL



❖ NUESTROS GRABADOS ❖

A LA HORA DE ACOSTARSE

Las avecillas duermen ya en sus nidos; los pollitos reposan bajo las alas de su solícita madre; ya no se oyen las campanillas de las vacas, encerradas en el establo; y es hora de que mi dulce Berta se acueste también. Mientras duerme entre mis brazos, la desnudo poco á poco, elevo una oración á Dios para que vele por su sueño, y la echo en su camita, donde espero que reposará tranquilamente hasta que amanezca de nuevo el día y se oiga otra vez trinar á los pajarillos.

EL RATÓN QUE FUÉ Á LA ESCUELA

Un lunes por la mañana, Arturo y su hermana Juanita se levantaron temprano para ir á la escuela. La niña fué al cuarto oscuro á buscar su abrigo, que había caído al suelo; se lo puso, y los dos hermanos emprendieron la marcha.

Al entrar en la escuela, Juanita se quitó los mitones; y al meter la mano en el bolsillo para guardarlos, tocó una cosa blanda y suave que se movía, lo cual le hizo proferir un grito. La maestra acudió presurosa para enterarse de la causa, y ¡cuál no sería su sorpresa cuando, al introducir la mano en el bolsillo, vió que era un ratoncito! Como no temía á estos animales, encerrólo en una caja y dióselo á Juanita, que lo llevó á su casa, porque su hermano se proponía domesticarlo. El muchacho lo ha conseguido, al fin, á costa de paciencia, y el ratoncillo corre por toda la casa sin temor alguno.

LOS GORRIONES JÓVENES

En una de las partes más pobladas de una gran ciudad hay una pequeña plaza plantada de árboles y césped, que se esfuerzan para conservar su verdor á pesar del humo y del polvo que los invaden casi todo el día. Hace algunos años, varios gorriones jóvenes fueron á establecerse allí, y fabricaron sus nidos á la mayor altura posible en los árboles cubiertos de polvo á fin de que no pudieran alcanzarles los muchachos perversos.

El guarda de la plaza era un hombre brusco, de rostro colorado; pero se aficionó mucho á las tiernas avecillas, y cuidóse tanto de ellas que ningún chico se atrevía á tirarlas piedras cuando el guarda estaba á la vista.

Los gorriones sabían esto tan bien, que andaban por el suelo buscando lombrices, ó iban á bañarse á la fuente sin ningún temor, mientras el guarda cortaba la mala yerba ó sacudía el polvo de las hojas: cuando no estaba allí, permanecían en los árboles, ó volaban sólo á largos intervalos.

Cierta mañana, á primera hora, comenzó á pasear por la plaza un anciano de elevada estatura y de aspecto extravagante; tanto, que los gorriones fijaron al punto su atención en el desconocido, hablando mucho sobre él. Era tan alto, que el guarda de la plaza parecía un niño á su lado; tenía el cabello largo y rizado, ojos negros y brillantes, y llevaba en la diestra un bastón muy grueso, que le comunicaba un aspecto amenazador.

Nuestro hombre llamó á los gorriones silbando, pero las avecillas tenían ya demasiada experiencia para fiarse de otra persona que no fuese su amigo el guarda.

Todos los días después de las cinco, cuando aquél abría la verja de hierro, el hombre alto entraba al punto para pasear por la plaza, y entonces veíasele sacar un pedazo de pan del bolsillo y desmigajarlo por el suelo. Al principio los gorriones no hicieron caso del desconocido, pero después comenzaron á bajar cuando aquél se retiraba, y al fin acercáronse á las migas de pan antes de que saliese de la plaza; y como observasen que el hombre no les hacía daño, los más atrevidos comenzaron á comer á sus pies.

A tal punto llegó el descaro de algunas de aquellas avecillas, que se posaban en su cabeza, en sus hombros y manos. Los gorriones le conocían ya de tal modo, que, apenas le divisaban por la calle, acercábanse ansiosos á la verja y le esperaban para recibir su almuerzo. Era un hombre muy sabio, porque había estudiado toda su vida; pero nada le recreaba tanto como la visita que hacía á los inteligentes gorriones que aprendieron á conocerle.

LA VIDA DE LOS INSECTOS

Si vais á los campos y praderas, encontraréis allí insectos pequeños é insectos maravillosos; y si os inspiran temor algunos de ellos, no olvidéis que Dios los hizo combinando las diversas partes de sus cuerpos tan admirablemente como las nuestras, queridos niños.

Hay muchas cosas singulares que aprender en estos seres. ¿Sabéis cómo cantan las cigarras y las abejas zumban? ¿Sabéis cómo la avispa construye su nido de papel, y cómo el grillo canta toda la noche, y la diminuta hormiga forma sus maravillosas viviendas?

Las más feas lombrices conviértense también en magníficas mariposas y plateadas polillas.

Ningún insecto tiene huesos; su piel es dura y córnea, y el cuerpo se compone de varios anillos que se mueven fácilmente uno sobre otro; pero estos seres tienen tanta resistencia y vigor como los animales provistos de muchos huesos.

En vez de tener pulmones y vasos de la sangre, están provistos de curiosos órganos respiratorios y venas aéreas que comunican singular ligereza al cuerpo.

SI YO FUERA...

—Si yo fuera avecilla cantaría siempre alegre en el bosque; si yo fuera flor todos me admirarían, aspirando mi delicioso perfume; si yo fuera torrente bañaría los campos con mis aguas para hacerlos reverdecer; si yo fuera estrella brillaría en el firmamento para guiar á los marineros en la inmensidad del océano y al caminante en el desierto. Pero ¡ah! soy una niña y nada puedo hacer más que estudiar mis lecciones. Sin embargo, tal vez los libros me dirán por qué las aves cantan con tanta dulzura, por qué las rosas exhalan su perfume, por qué se desbordan las aguas del torrente y por qué las estrellas brillan á tanta altura.

EL COCHE DE TRES MULAS

En algunos países de Europa se enganchan mulas y caballos para que tiren de los carruajes de toda especie; pero el pueblo de Méjico se reiría si viese troncos de dos cuadrúpedos tirando de un coche, ó mayor número uno tras de otro, porque allí no hay esta costumbre.

En un país llamado Yucatán viajé de esta manera. Este país se halla al sud de los Estados Unidos, y es una parte de Mejico. El suelo es bajo y llano, asemejándose á una extensa meseta de roca de coral.

Allí hace mucho calor; tanto, que la gente viaja de noche, porque entonces la temperatura refresca y los caminos no se hallan tan llenos de polvo. Yo alquilé un coche de tres mulas para recorrer una distancia de 40 millas.

Como ya sabréis, una gran parte de América pertenecía en otro tiempo á los indios. El primer pueblo que visitó esa parte del mundo fué el español. Envidiábase el extenso territorio de aquellos salvajes y se les usurpó, obligándoles después á trabajar, á veces tanto que muchos de ellos murieron.

Los indios hubieron de resignarse á ser esclavos del vencedor, porque los blancos eran más fuertes que ellos y, además, iban armados de fusiles, espadas y cañones, y estaban cubiertos de hierro, mientras que los pobres salvajes sólo tenían sus arcos y sus flechas. Poco á poco los españoles se apoderaron de la mejor parte de América; pero han vuelto á perderla casi toda, porque ya no son tan fuertes y poderosos como eran: sólo poseen ahora, en aquella región, dos islas, las de Cuba y Puerto Rico. Pero en los países que una vez conquistaron, el pueblo habla español, incluso la mayor parte de los indios, que han olvidado su propio idioma. Por eso se encuentran hoy en Yucatán y en Méjico grandes propiedades llamadas *haciendas*, y pequeñas granjas que se designan con el nombre de *ranchos*.

El dominio que yo visité era muy extenso. El propietario poseía 40 millas de tierras, donde sólo se cultivaba una sola especie de planta. Sus campos parecían un inmenso mar de verdura.

¿Qué planta diréis que es tan provechosa en el Yucatán que no se siembra otra? No es trigo, ni cebada, ni centeno: es la planta del cañaño. El suelo es tan pobre que muy pocas de otra especie prosperan allí.

El cañaño se cultiva en grande escala, y empléase para fabricar cuerda con sus fibras,

que se limpian y empaquetan para enviarlas á Nueva York. Allí las compran los traficantes para venderlas después á los cordeleros. Tal vez esta misma fibra vuelva, una vez trabajada, al país que la produjo; y así se mantiene el mundo en movimiento. Compramos á otro pueblo lo que nos falta, y enviámosle en pago nuestros productos.



LO QUE CONTÓ UNA GOLONDRINA

(Continuación)

Las flores se marchitaron una tras otra. Las hojas fueron cayendo poco á poco, los bosques tomaron sus tintes de otoño, y el viento, que antes murmuraba tan dulcemente entre las hojas verdes, silbó á través de las ramas despojadas, barriéndolo todo en su camino. Entonces comprendí que había acabado el verano. En la casa los semblantes estaban más graves porque Claudio se preparaba á partir.

Los últimos tiempos de su estancia fueron muy tranquilos; pero, aunque solamente cruzasen algunas palabras, mirábanse con frecuencia Ruth y él, como si sus corazones estuviesen prontos á rebosar. De vez en cuando hablaba Claudio con esperanza del porvenir y de los felices días que volverían con el verano. Ruth le respondía con una sonrisa, que el afecto y la ausencia de egoísmo trataban de hacer alegre.

La última vez que les vi juntos paseábanse hablando de la vida solitaria que iba él á llevar en Italia, á lo cual respondía Claudio con voz conmovida, confuso como se hallaba entre el pesar de abandonarla y la gratitud por la felicidad que había conseguido á su lado.

No sé cómo se separaron; pero después que Ruth hubo pronunciado el último adiós permaneció la joven como inmóvil hasta que pudo distinguir el tren. Desde entonces volvió á la tranquila monotonía de su vida con una cara que positivamente no era triste, pero sí cual un sol que trata de rasgar una nube, rodeándola con un reborde plateado.

Había llegado por fin el día de nuestra marcha. Muchos viajes se preparaban durante aquellos días de otoño. Bandadas de golondrinas se juntaban en asamblea, sobre los techos, en la copa de los árboles y alrededor de las torres de la catedral.

Cada noche celebraban una conferencia para decidir cuándo partiríamos y dónde iríamos. Entonces comprendí cuánto amaba yo aquellos sitios que tantas ganas tenía de dejar.

Bernardito miraba una noche las miriadas de pájaros que revoloteaban de árbol en árbol.

—¡Ruth!—dijo.—Las golondrinas se van.

Ella se acercó á la ventana.

—Se van á Italia las golondrinas,—dijo Bernardo.—Quizás verán á Claudio.

—Adiós, golondrinas,—dijo Ruth, cuando Bernardo se hubo alejado.—Adiós, y si veis á Claudio id á posaros cerca de él para recordarle vuestra patria y la suya.

Ruth no sabía que había yo escuchado sus palabras y cuán firme resolución tenía yo hecha de ir á encontrar á Claudio en Italia. No lo olvidé.



El coche de tres mulas

Llegó el último día, púsose el sol y comenzó el crepúsculo. Después brilló triste y dulcemente la luna, mientras yo examinaba todos los cambios que se operaban á nuestro alrededor en nuestra vieja morada.

Reapareció la mañana. Vi el campanario de la catedral dorado por el resplandor del sol levante; pero cuando la claridad hubo invadido el recinto del claustro, estábamos ya lejos. Recordé mucho tiempo, con sentimiento tierno y apacible, aquellos muros venerables y aquellas campanas solemnes. Cruzamos sin ruido á través de los aires, y los ecos permanecieron mudos en el lugar donde habíamos crecido y vivido.

Pasamos todavía una noche en el suelo de Inglaterra antes de emprender definitivamente el vuelo.

(Se continuará)

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: Apodaca, 10, 2.º, MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA
RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA